ASALTO A LA REALIDAD

Biopoder y la normalización del engaño

Kingsley L. Dennis

BLUME

ASALTO A LA REALIDAD

Biopoder y la normalización del engaño

Kingsley L. Dennis

BLUME

A todos aquellos que creen en la humanidad
y confían en la armonía y sabiduría de su yo soberano.

INTRODUCCIÓN

Realidades mutantes

> *«A menos que sepas cuál es la realidad, siempre tenderás a perseguir la apariencia».*
>
> IDRIES SHAH, *Aprender a aprender.*

En nuestra época existe una «irracionalidad» que avanza, y puede que nos atrape o bien que sea nuestra vía de escape de la *jaula de hierro* de lo racional. Quizá esta irracionalidad esté detrás de la sensación de nihilismo que nos invade, a medida que nuestra civilización humana global entra en una gran mutación o transición. No obstante, la cuestión es quién o qué dirige esta mutación mientras avanza. Los periodos de mutación, tanto en la historia como en la biología, son tiempos delicados y vulnerables porque se abren a recibir las intenciones maliciosas o perjudiciales, así como las influencias beneficiosas. ¿Y si las turbulencias de las que somos testigos por todo el mundo —la pandemia,

las economías fallidas, la vigilancia creciente, la bioseguridad, la digitalización, la automatización rápida y demás— formasen parte de un plan global para rehacer el mundo con una nueva imagen? Una apariencia a la medida de un sector determinado de nuestras sociedades. Quizá, por primera vez en la historia moderna, un grupo relativamente pequeño de personas está tratando de establecer un consenso secular de la realidad (visión del mundo) a escala global. ¿Será posible?

La realidad humana es maleable porque carece de Absolutos. Por usar una conocida analogía, la vida humana es una serie de programas dentro de otros programas. Todavía, para mucha gente, la única realidad es la de *este mundo*. Por sí misma, es una limitación importante. Los materialistas entusiastas a menudo presentan las múltiples complejidades de la vida como enormes simplificaciones. Grandes ideologías han recorrido la Tierra, cosechando adeptos y prosélitos. Tales narraciones arrolladoras se convirtieron en las gigantescas bestias de la Verdad; también llegaron a ser el telón de fondo para múltiples guerras y mutilaciones. La gente fue alimentada y destetada con grandes mitos, narrativas y agendas históricas gigantescas. En su momento, los colosales pilares de la «Verdad» se convirtieron en los bloques fundacionales de muchas naciones, pueblos y grupos culturales. Nos hemos acostumbrado a *vivir nuestras vidas según las creencias que contemplamos*. Las historias, los mitos y las narrativas han sido siempre el lienzo de la vida humana; a

partir de ellas hemos jugado nuestras partidas, desde las civilizatorias hasta las individuales. Las historias y las narrativas están ahí para apaciguar y aliviar nuestra inquietud humana; porque cuando estamos desasosegados, mostramos signos de desorientación psicológica.

Este es el momento retrógrado que cada uno de nosotros experimenta a su manera. Se podría decir, como han hecho algunos, que la humanidad está experimentando su periodo de «nihilismo moderno», donde excesos y perspectivas desagradables se expurgan en la esfera pública. Junto con ello, se diría que nuestra memoria individual y colectiva del pasado está cambiando continuamente: mutando en neo-memorias que sustituyen a las existentes y se convierten en el nuevo huésped. Cada cual, a su manera, está perdiendo el control sobre el pasado colectivo y en su lugar está surgiendo una incoherencia. Ya nadie comparte el mismo espacio; si no nos podemos poner de acuerdo sobre lo que es lo «mismo», nos acercamos cada vez más a la «locura». Este es el reino de lo absurdo, donde no hay una estabilidad acordada ni puntos de referencia compartidos.

¿Cuál es el estado de la psicoesfera colectiva de nuestro tiempo? Es lo que trato de indagar a lo largo de las páginas de este libro. Se dice que John Maynard Keynes escribió en algún sitio que generalmente lo inevitable no sucede porque lo impredecible prevalece. Y entonces, dónde nos deja esto: ¿mirando a los ojos de lo inevitable mientras esperamos la visita sorpresa de lo impredecible? Tal vez esto nos deje en algún lugar dentro de las fases iniciales del más grande de

los ejercicios psicológicos de la historia de la humanidad. Esto sí que suena dramático. Pero en realidad, tenemos que echar un vistazo a lo que actualmente está pasando en el mundo. Estamos viendo y escuchando muchas cosas, pero no estoy seguro de que estemos percibiendo de forma crítica las múltiples capas en funcionamiento. ¿Qué pasa si propongo que lo que muchos de nosotros estamos experimentando actualmente es el proceso de una operación monumental de programación mental? Si «Operación control mental»[1] no fuese ya el título de un libro muy conocido, entonces yo propondría aquí ese título. Antes de 2020, la gente estaba más o menos atrapada o «encerrada» en sus ritmos de familiaridad. Para la mayoría de la gente, los caminos y contornos de la vida cotidiana eran relativamente conocidos y estaban cartografiados, especialmente para quienes vivían en sociedades industrializadas desarrolladas. Luego sucedió el 2020 y lo impredecible llegó a nuestros umbrales. El mundo fue arrojado a un gran «alto»: llegamos literalmente a un *stop* global. De forma local, y por todo el mundo, la humanidad ha entrado en un enorme experimento. Por primera vez en nuestra historia conocida, la civilización humana en la mayoría de sus formas se ha detenido. Se nos ha parado en una postura intermedia —un *estado de movimiento detenido*— y se nos ha situado en un espacio al que estamos totalmente desacostumbrados. ¿No acabamos de experimentar una orden de «parada» impuesta a nivel global con el despliegue de confinamientos nacionales y la

paralización de los viajes, el comercio y la movilidad mundiales? Semejante *stop* repentino en nuestro movimiento y comportamiento familiar condicionado conocido es casi una manera de «rompernos la cabeza», tal como la que se utiliza también en los procesos de programación mental y modificación del comportamiento. Todo depende de lo que llegue después de la parada súbita: ¿es un momento para la reflexión y observación críticas o una inculcación de miedo e incertidumbre? Para mucha gente por todo el mundo, el aumento repentino de cuarentenas, confinamientos y restricciones a la movilidad, locales y nacionales, sumadas a las nuevas leyes y normas de seguridad sobre el uso de mascarillas y el distanciamiento social han creado una atmósfera y una energía de miedo, incertidumbre, inestabilidad e incluso pánico y paranoia. La psique humana colectiva se «abrió en canal» y, a continuación, casi simultáneamente se surtió con entradas que la desestabilizaron aún más y crearon diversos niveles de disonancia. Nunca antes había ocurrido esto, ni había sido posible; desde luego, ha generado mucha ansiedad, depresión, ira, revueltas y un aumento de suicidios por todo el mundo, como demuestran tanto los números como las escenas físicas. De igual manera, ha habido una ruptura de alianzas sociales, amistades y lazos familiares, debida a creencias y opiniones contradictorias. A medida que las tensiones culturales y raciales aumentan, las identidades sociales y personales —el «sentido de sí mismo»— se han sometido a escrutinio. Hasta cierto punto,

se ha producido una desfragmentación del ser humano, que es el mismo proceso utilizado al programar mentalmente —o lavar el cerebro— a una persona. Primero, el punto de vista coherente de una persona, su estabilidad mental, se descompone hasta que se produce un profundo nivel de disonancia cognitiva. Y dentro de este estado de vulnerabilidad se introduce una nueva narrativa que da a la persona un sentimiento de recuperación de la estabilidad. Podríamos preguntar: ¿se ha puesto en funcionamiento un gran proceso de des-acondicionamiento? Es decir, la gente está siendo des-conectada de sus vinculaciones con lo familiar a fin de re-programarla con una nueva realidad —una «nueva normalidad»— que se relaciona con las nuevas estructuras de poder sociopolítico.

Un mundo coherente requiere una visión del mundo coherente y compartida: un paradigma consensuado de la realidad. Para que una civilización tenga éxito, sus ciudadanos deben acordar en gran medida un consenso de realidad compartida. Para que una civilización global sea estable y sostenible, en la mayoría de los casos también debe compartir una visión consensuada coherente. Por lo tanto, con el fin de diseñar una futura civilización global, un «paradigma de la realidad» consensuado debe, de igual modo, ser gestionado socialmente (y, si es necesario, manipulado). De esto trata este libro. Le pediría al lector que considere el siguiente escenario: hay grandes actores poderosos en este planeta que desean conducir a la humanidad hacia una civilización global; consideran que era

probable que esto sucediese en algún momento, así que ¿por qué no tomar la delantera y dirigirla hacia su lugar?

Al menos, de esta manera, quienes se lancen a tomar el timón pueden conducirla como mínimo en una dirección que beneficie sus objetivos. Y, por supuesto, cuando tienes casi ocho mil millones de personas en el planeta, entonces son muchos seres humanos a los que hay que convencer de sus objetivos. Pero, ¿qué pasa si en lugar de forzar el asunto puedes hacer que las personas por sí mismas se *crean* esa trama? De esa manera, estarán de acuerdo en que para ellas esta es la visión del mundo y se adherirán a ella voluntariamente. La manera más efectiva de que las personas se sumen a una idea es «implantarla» en ellas, de manera que sientan como si fuese de cosecha propia. Mucha gente hace esto todo el tiempo, a través de actos de persuasión o, en casos extremos, mediante la hipnosis. De alguna manera, conseguir que un grupo de personas cambien sus mentes es una forma de hipnosis. A mayor escala, esto puede considerarse como una hipnosis cultural. A escala mundial, bueno, esto no se había intentado con anterioridad. ¿Tal vez sea esto lo que estemos presenciando ahora?

Actualmente, muchas poblaciones están sumidas en un «cambio mental global», pero no son conscientes de ello; no están al tanto del conjunto de procesos que tratan de instalar un nuevo «chip de pensamiento paradigmático» basado en el eslogan de la «nueva normalidad». Pero, como en todos los momentos de transición, las cosas pueden ir en

más de una dirección. Amén de una solidificación o cristalización en una nueva mentalidad, también puede haber una «re-calibración» en una nueva fase inesperada. Este momento global de perturbación y fragmentación psicológica a través del des-condicionamiento también puede convertirse en un nuevo estado mental y perceptivo. Este proceso de des-estratificación, o despojamiento, puede llevar a las personas a replegarse hacia su ser esencial; incluso, en lugar de que se instale un nuevo programa, o narrativa, también puede desencadenar un «momento de salto» hacia patrones de consciencia completamente nuevos e imprevistos. Yo sostengo que ahora nos estamos moviendo hacia un monumental «momento de elección» y puede que nos veamos obligados a preguntarnos: *¿qué significa ser humano?*

Este libro es un examen de los procesos que se están desarrollando precisamente ahora por todo el mundo y que intentan influir en la realidad humana colectiva. Os invito a que me acompañéis en este recorrido. Para empezar, deberíamos comenzar por ver cómo nuestra realidad consensuada se ha derrumbado. Allá vamos…

PRIMERA PARTE

El colapso del consenso

UNO

Un colapso del consenso sobre la realidad

> *«La falsa claridad es solo otro nombre para el mito».*
>
> ADORNO & HORKHEIMER,
> *Dialéctica de la Ilustración*

> *«La realidad consensuada es la última sociedad secreta. Es una sociedad tan secreta que incluso sus miembros no son conscientes de su existencia».*
>
> JASON HORSLEY

El año 2020 pasará a los libros de historia como un año inolvidable. Fue el año en el que todo cambió. Podemos decir con seguridad que ha sido nuestro *annus horribilis* más reciente. Nadie podría haber predicho lo que iba a desarrollarse o, simplemente, cómo casi todos los aspectos de nuestras vidas iban a verse afectados. Pero los indicios

estaban ahí. Desde hace varios años he estado escribiendo sobre los puntos de inflexión de la «transición» y, como muchos colegas comentaristas, todos sentíamos que algo estaba llegando, solo que no estábamos seguros de *cómo* lo haría.

En diciembre de 2019, el editor de una revista australiana[2] me pidió que escribiese un breve comentario sobre el año 2020. Se esperaba que ofreciese mis especulaciones (predicciones) sobre lo que consideraba que podría ser el panorama durante los siguientes doce meses. Escribí mi artículo y se lo envié por correo electrónico en diciembre, a tiempo para el número de enero de 2020. Se tituló: «2020, el año que comienza: un colapso del consenso sobre la realidad». Por alguna razón, al reflexionar sobre el año venidero, me llegó la noción de un «colapso de la realidad consensuada». Empecé el breve ensayo diciendo que durante 2020, el año que comienza, proseguirá un proceso ya iniciado y que vemos desplegarse a nuestro alrededor por todo el globo. Decía que muchos de nosotros nos preguntamos: «¿Se ha roto la realidad?». Y concluía diciendo: «Casi se diría que sí».

Desde hace muchos años, nuestro sentido de la realidad colectiva se ha ido retirando gradualmente al abrigo de un espectáculo de pseudoeventos, noticias falsas, publicidad comercial extremada (por ejemplo, los «Black Fridays»), y toda una serie de fenómenos superficiales que crean una fachada reluciente de ensueño. Como parte de este colapso de la realidad, los signos y las señales que hace tiempo nos

servían como guías están perdiendo su significado y haciéndose indistinguibles de las falsas realidades. Como expresaba tan acertadamente el sociólogo Jean Baudrillard: *La atracción del vacío es irresistible;* ese vacío creciente que ha atraído a tantos y continúa haciéndolo. Lo cual sugiere que un colapso de nuestro consenso sobre la realidad está en marcha, es la aceleración del vacío.

Los «objetos» o los valores por los que hemos intentado vivir o que perseguimos, tales como el poder, la verdad, la comprensión, los sueños, el trabajo, el amor y todo lo demás, aparentemente se han desvanecido en una cierta esfera elusiva en la cual la presencia de esas cosas ha dejado de existir de forma tangible. No obstante, la duda, la incertidumbre y la ansiedad por su ausencia o «falsa presencia» son de hecho suficientemente reales como para afectarnos profundamente. Buscamos los sustitutos de lo que ya ha desaparecido. Ahora estamos aislados de nuestra propia imagen, a la deriva en el mar digital. Nuestras referencias sobre las diferencias y las contradicciones se han desdibujado aún más, haciendo que parezcan suaves en lugar de abruptas. Ya no será la píldora amarga que nos vemos forzados a tragar sino la dulce pastillita que estamos dispuestos a hacer estallar. Como también dice Baudrillard: «Si no fuese por las apariencias, el mundo sería un crimen perfecto…»[3]. Nos protegemos con la ilusión de la verdad, y el gran enigma de nuestras vidas es la ilusión material a la que nos atenemos. Todo se retira detrás de su propia apariencia, de manera que las cosas parecen tener lugar

incluso cuando no es así. Esta es la gran ausencia en nuestras vidas: pretextos plagados de ilusión, que se esconden tras su falsa apariencia. Ahora tenemos que descifrar el mundo, intentar descorrer las cortinas de la ilusión. La imagen ha remplazado a lo real y le ha arrebatado su lugar. Y detrás de la imagen algo ha tenido que desaparecer. Se nos ha persuadido de que la imagen es mejor para nosotros, para nuestro bienestar, de manera que no notamos cuando lo «real» se escabulle inadvertidamente. El mundo existe como en una obra de apariencias; y el crimen de la vida es su falta de integridad, una ausencia de plenitud vital que nos corroe.

En mi comentario «2020, el año que comienza» también escribí que, en aquellos tiempos en los cuales las estructuras que una vez guiaron la realidad empiezan a derrumbarse, las fuerzas manipuladoras se hacen más fuertes, más ubicuas. Tales fuerzas externas se involucran más con nuestra experiencia subjetiva del mundo; tratan de torcerla para adaptarse a una nueva remodelación de la realidad. Esto es lo que crea las inestabilidades, las incertidumbres y la ansiedad. Una respuesta habitual a este mundo emergente sería reforzar su aceptación y por tanto «normalizarlo». La alternativa es situarse uno mismo fuera o en la periferia del sistema y convertirse en un objetivo a vigilar; actualmente, vivir en los márgenes puede convertirse en la opción de los nuevos objetores de conciencia. En pocas palabras, el fomento del colapso del consenso de la realidad se puede describir como la

normalización del engaño. Cuando la sociedad de masas se adhiere a un engaño colectivo, llegamos a llamarlo normal: la «nueva realidad». Y si una persona se aleja demasiado de este pensamiento consensuado, a menudo la etiquetamos de ilusa o inestable. El control y la manipulación de la percepción humana es el nuevo campo de batalla. En tiempos como estos es casi inevitable que contemplemos un aumento del interés y la intervención sobre los «estados de consciencia» a través de instituciones tales como la gestión social estatal, la propaganda, el entretenimiento/consumismo, los militares, etcétera. Durante la fase de colapso y transición hacia un nuevo «escenario de realidad» o psique colectiva, muchos actores pugnan por tener una participación controladora. Oficialmente, lo que hemos llegado a considerar como «realidad» se hará intangible y fluido, conduciendo al aumento de ideologías adversas tales como las fascistas actualizadas y las nuevas versiones de las políticas de izquierda-derecha. Estamos perdiendo cada vez más nuestros rumbos, nuestros puntos de amarre permanentes, y es probable que intentar aferrarnos a las creencias en las que hemos invertido nos conduzca a un aumento de la ansiedad. Mientras esto continúe, mucha gente experimentará inevitablemente un malestar de uno u otro tipo.

La confusión que actualmente nos rodea está rompiendo nuestros terrenos conocidos y patrones familiares; está desarmando casi todo aquello que tomábamos como

nuestros territorios, y los está reorganizando. Los tótems sagrados, que durante tanto tiempo daban significado a nuestras realidades sociales, están siendo desmantelados. La vida cotidiana es el objetivo del bombardeo de lo artificial, del *atraco* a la cognición humana. Es un alejamiento monumental de la autenticidad hacia lo manufacturado: los panoramas fabricados de una narrativa construida. La historia tiene el hábito de intentar retener lo que cree ser auténtico; nos cuenta que ocurrieron eventos que eran «auténticos» y que se registraron —o congelaron— para la posteridad. Crecemos en medio de nuestros relatos culturales y narrativas históricas específicas, creyendo que todo sucedió exactamente como se registró; y también lo hacemos creyendo que cada evento comienza como auténtico. En teoría literaria, el acto de creer en la autenticidad de un relato, incluso cuando internamente sepamos que no pudo suceder de la manera que se cuenta, se conoce como *la suspensión voluntaria de la incredulidad*: dejamos de lado nuestra incredulidad para permitirnos aceptarlo. Por extraño que parezca, la mayoría de nosotros lo ha estado haciendo durante tanto tiempo que estamos acostumbrados a dejar de cuestionar nuestra incredulidad: preferimos aceptarlo todo. La ausencia de incredulidad crítica no solo se percibe como normal, sino que además es cómoda. Pero cualquier observador razonable tiene que admitir que la historia es un relato sesgado; a menudo opta por contar una determinada perspectiva, dependiendo de dónde y por quién se escribe la historia. Y, sin embargo, «en

tanto una ilusión no se reconoce como un error, tiene un valor exactamente equivalente a la realidad»[4].

Los organismos de autoridad, los personajes políticos, los canales de los principales medios de comunicación —prácticamente todas nuestras instituciones significativas— se han convertido, o están en vías de hacerlo, en títeres de propaganda. Sirven para producir la *apariencia de realidad*; pero no pueden representar una *sensación de realidad*. Como el escritor de ciencia Philip K. Dick dijo en una de sus charlas:

> Vivimos en una sociedad en la cual los medios de comunicación, los gobiernos, las grandes corporaciones, los grupos religiosos y los grupos políticos manufacturan realidades espurias. En mis escritos pregunto: «¿Qué es real?». Porque somos bombardeados sin cesar por pseudorrealidades producidas masivamente por gente muy sofisticada que utiliza mecanismos electrónicos muy sofisticados.[5]

Philip K. Dick pregunta qué es real, ya que estamos sometidos al bombardeo y el asalto de pseudorrealidades. Nosotros mismos podríamos hacernos idéntica pregunta: ¿qué es real? Quizá el crimen perfecto haya sido esconder tan bien lo real, que nuestras sociedades modernas se han aventurado más allá de la ilusión de la realidad misma. El crimen perfecto es la cobertura perfecta. Y la tapadera ha sido que un colapso de la realidad consensuada se ha transformado en la ilusión de verdades relativas.

La ilusión de las verdades relativas

Mientras que los individuos tratan de mantenerse a flote durante este colapso, los principales medios de comunicación están vendiendo una versión simplificada de los hechos para crear la apariencia de una realidad conveniente. Es un intento de generar una burbuja perceptiva, que se nos dice que nos explicará la vida. Después de todo, demasiados «eventos reales» solo servirían para romper esta burbuja simplificada y darnos a todos un dolor de cabeza. Y así, a través de los principales medios de comunicación y de las instituciones, para ofrecernos una visión simplificada de la realidad se crea una ilusión perceptiva o simulación. Y esta simplificación implica un mundo binario: nosotros versus ellos; bueno versus malo; izquierda versus derecha; verdad versus conspiración, y todo el resto de dicotomías manufacturadas que se esgrimen como verdades profundas.

Somos testigos del colapso de diversas realidades perceptivas; cada uno de nosotros está inmerso en él, aunque no seamos conscientes, como le ocurre a los peces en el mar que no siempre deliberan sobre el agua. Un «monstruo de pensamiento» globalizante está surgiendo con los signos y símbolos que tratan de definir una narrativa consensuada: salud, enfermedad, seguridad, protección, privacidad, crédito, haz «lo correcto», y todo lo demás, etcétera, etcétera. Y muchos se creen estos términos con tal profundidad que no es sorprendente descubrir que somos una especie en terapia. Se diría que las personas están siendo «educadas» para protegerse a sí mismas con